



## DE GRISELDA Y GUALTERO.

### PRIMERA PARTE.

Atiéndame todo el orbe,  
 mientras con dulces palabras  
 y muy suaves acentos,  
 aquesta historia se canta.  
 Présteme todos silencio  
 con benevolencia grata,  
 para poder comprender  
 lo que mi lengua relata.  
 Atiéndame; pero es fuerza,  
 que en cualquier obra que se haga  
 ponga un buen fundamento,  
 para que salga acertada.  
 Y así el ansilio imploremos  
 de la Virgen soberana,  
 que con tan luciente estrella,  
 mi musa, aunque muy turbada,  
 cobrando aliento, dará  
 principio á esta historia rara.  
 Hubo de sangre muy noble  
 un gran marqués en la Italia,  
 dueño de muchos lugares,  
 que Gualtero se llamaba,  
 en su trato muy afable,  
 y de condicion muy llana.  
 Era el tal marqués soltero,

y aficionado á la caza,  
 de tal modo, que por ella,  
 toda diversion dejaba.  
 En esto se entretenia,  
 y por vivir á sus anchas,  
 no deliberó el casarse.  
 Pero como de tan clara  
 sangre su casa venia,  
 porque sucesion dejara,  
 deseaban sus vasallos,  
 ver su señor si gustaba  
 el elegir nuevo estado.  
 Dispusieron que llegára  
 el que mas de su cariño  
 fuere, y del caso le hablára,  
 y de esta suerte estaria  
 su intencion desengañada.  
 Al punto lo ejecutaron,  
 fué uno de ellos, y lo llama  
 aparte, y así le dice:  
 gran señor, cierto me holgára  
 que tomáras mi consejo.  
 Bien sabes que á la tirana  
 enemiga de mortales  
 somos, (porque Dios lo manda)

sujetos, y puede ser,  
 que al golpe de su guadaña,  
 el dia mas descuidado  
 rindas tu vida á la parca.  
 Y pues tenemos señor  
 de sangre tan sublimada,  
 todos fuéramos gustosos,  
 gran señor, que te casáras,  
 por lograr un sucesor,  
 que cual vos nos gobernára.  
 Prudente el marqués responde  
 estas siguientes palabras:  
 que sea yo desposado,  
 contra mi gusto se haga;  
 mas ya que tal intentasteis,  
 en lo que digo repara,  
 que la que eligiere esposa  
 (bien sea noble ó villana)  
 ahora ni en ningun tiempo  
 le habeis de negar la cara,  
 pues debe como señora  
 de todos ser respetada;  
 en tí les respondo á todos,  
 ve diles las circunstancias.  
 El mensagero responde  
 con razones muy urbanas:  
 pues yo solo soy, señor,  
 el que empeña su palabra  
 por todos los de su corte.  
 La condicion otorgada,  
 el marqués le prometió  
 el darles gusto sin falta.  
 Cerca de la corte habia  
 unas aldeas que estaban  
 como cosa de dos tiros,  
 distantes de las murallas:  
 y cuando con los monteros  
 solia salir á caza  
 el marqués algunas tardes,  
 aquel sitio frecuentaba,  
 y habia puesto los ojos  
 en una honesta muchacha,  
 que en una de estas aldeas  
 tenia albergue y morada;  
 hija de un labrador pobre,  
 que Janículo llamaban,  
 tan bizarra y tan hermosa,  
 que era otra segunda Palas.

Griselda, que este era el nombre  
 de aquesta hermosa muchacha,  
 humilde unas ovejuelas,  
 de su padre apacentaba,  
 y para no perder tiempo,  
 cuidadosa de su casa,  
 mientras pacía el ganado,  
 con su rueca hilando andaba.  
 Vióla el marqués muchas veces,  
 y aficionado á su gala,  
 dispuso casarse con ella;  
 dió á sus vasallos con llana  
 voluntad citado el dia,  
 para que se divulgára,  
 el festivo desposorio  
 de su señor, y fue tanta  
 la alegría que tuvieron,  
 que cada cual deseaba  
 aquel dia tan dichoso;  
 pero todos ignoraban  
 quién pudiese ser la novia.  
 Y mientras que se pasaba  
 aquel limitado tiempo,  
 á medida de otra dama  
 de talle como Griselda,  
 hizo Gualtero las galas,  
 y adornos de una princesa,  
 con joyas muy sublimadas.  
 Llegó el dia, y convocóse  
 toda su noble comarca,  
 y embarcados en carrozas,  
 siguen á Gualtero, y pasan,  
 á aquel sitio que antes dije.  
 A este tiempo que llegaban,  
 Griselda tambien venia  
 con un cántaro de agua,  
 y dejándolo de prisa,  
 salió con otras muchachas  
 á ver del marqués la novia;  
 y Gualtero con palabras  
 alhagueñas por su nombre  
 llamándola, así le habla:  
 Griselda, dó está tu padre?  
 Y Griselda con voz baja  
 le respnde: Señor mio,  
 mi padre está dentro en casa.  
 Apéese el caballero,  
 y dijo á los que llevaba,

del esposo de mi vida.  
Este dolor me atribula,  
esta pena me fatiga,  
esta congoja me ofende,  
y esta afliccion me contrista.  
Con las palabras que hablaba,  
las piedras enternecia;  
y al estruendo que formaban  
los que en su compañía iban,  
de sollozos, de suspiros,  
y ayes que al viento esparcian,  
por las calles que pasaban,  
à las ventanas salian,  
acompañando en el llanto.  
Llegó por fin la noticia  
al padre, que salió en breve  
à recibir à su hija.  
Viendo que en tan deshonesto  
trage entre el tumulto iba,  
llegó à ella, y con penosas  
ansias le dijo: hija mia,  
no te aflijas, pues yo tengo  
en un rincon escondida  
la ropa que te quitaste,  
cuando de gala vestida,  
te saliste de mi casa  
con contento y alegría,  
para ser feliz esposa  
del marqués que tu desdicha  
sola esa fué. Y ella dijo:  
padre mio de mi vida,  
no fuí yo la desdichada  
que quien tuvo la desdicha  
fué mi esposo que casóse  
con una que no valia  
tanto como él; esa fué  
mi fortuna y su desdicha.  
Y para aliviar su pena,  
no obstante de que yo viva,  
permite el papa otra esposa  
à mi esposo, porque sirva  
de paz y quietud à todos.  
Yo vengo con alegría  
à vuestra casa, Señor,  
porque tengan fin mis días,  
como fueron sus principios,  
entre pobreza metida.  
Llevóse la padre à casa,

7  
y de humilde pastorcita  
vistió otra vez el adorno.  
Pasados muy pocos días,  
envió el marqués Gualtero  
à la aldea referida  
un page, y dijo à Griselda,  
que esté en palacio à otro día  
de mañana porque importa.  
Viendo nueva tan precisa,  
dió el sí; con que el mensagero  
para palacio volvia.  
Fué Griselda, y à su esposo,  
cuando presente le mira,  
con humildad cariñosa  
da esta suerte le decia:  
mándame, esposo y señor,  
en que humillada te sirva,  
que mi gusto es complacerte.  
Dijo Gualtero: pues mira,  
mañana viene mi esposa  
con toda su comitiva,  
tú has de disponer las mesas  
para la boda lucida.  
Hízolo con humildad;  
quién del caso no se admira!  
A otro día de mañana  
llegó la real comitiva  
con la novia del marqués.  
Salió pues à recibirla  
aquel Job en la paciencia,  
y dió à la bienvenida  
como los demas alegre.  
O pasmosa maravilla!  
Asentaronse à comer,  
y ella à la mesa servia,  
donde fueron asistidos  
con la ostentacion debida.  
Y habiendo dado ya gracias,  
dijo el marqués que queria  
hacer allí unas preguntas,  
que no dejasen sus sillas.  
Llamó entonces à Griselda,  
y amoroso la decia:  
Griselda, qué te parece  
de mi esposa? no es muy linda?  
no es agraciada, no es bella  
su perfeccion? y no es cifra  
de la hermosura su cuerpo?

Y ella entonces de rodillas  
dijo delante de todos:  
señor, juzgo que en mi vida,  
no he visto, ni espero ver,  
ni el claro sol que registra  
con sus reflejos lucientes  
desde su esfera lucida  
todo el contorno del mundo,  
juzgo que no tendrá vista  
otra copia semejante  
á mi señora; y permita  
su Magestad que os goceis  
en amable compañía  
muchos años, y despues,  
al partir de aquesta vida,  
goceis en la eterna gloria  
las celestiales delicias.  
Viendo la humildad tan grande,  
tan singular y crecida  
de su esposa, levántose,  
y abrazándola, decia  
(vertiendo sus ojos perlas,  
que por la mesa corrían):  
de tu gran lealtad, Griselda,  
hartas cosas tengo vistas,  
y no deseo ver mas;  
tú eres sola la querida,  
tú eres sola la estimada  
que la que presente miras,  
y la tienes por mi esposa,  
es nuestra querida hija,  
é hijo nuestro es el mancebo  
que por cuñado tenias.  
Con que quanto imaginabas  
tener perdido, este día,  
lo recuperaste junto.  
Vuelva en placer la fatiga,  
vuelva en gozo la tristeza;  
y ahora, esposa querida,  
perdon te pido de haberte  
hecho tantas ignominias.  
Y sepau cuantos pensaban  
que á mi esposa pretendia  
arrojarla de mi casa,  
y aborrecido la habia,  
que es engañosa su idea;  
pues si fué una acción impía,  
mostrar con ella despejo.  
fué alarde, con que queria

acrisolar su constancia;  
y pues la tengo ya vista;  
perdon delante de todos  
pidó á mi esposa ofendida.  
A mis hijos oculté  
privandome de su vista,  
por ver su resignacion:  
y las amargas noticias  
para mi querida esposa,  
que por la corte corrían,  
yo las puse, y nadie tiene  
de esto culpa, toda es mia.  
Ay cielos! no hallo palabras  
con que explicar la alegría  
que todos los de la corte  
tuvieron en este día.  
A los padres de Griselda  
llevaron con escesiva  
pompa y grandeza á palacio  
donde hicieron esquisitas  
fiestas, saraos, comedias,  
y despues de concluidas,  
todas quedaron en paz,  
y en conformidad unida.  
Ea, señoras mujeres,  
pues os presento á la vista  
este espejo de Griselda,  
tomad de él egemplar vida.  
No es decir de que los hombres  
á fuerza de la codicia  
de ser dueños, se adelanten  
á querer ser homicidas;  
que fué la muger primera  
formada de una costilla,  
para darnos á entender  
la inmensa Sabiduria,  
que la muger no es cabeza,  
sino amable compañía,  
pues de cerca el corazón  
fue la materia escogida  
para formarla; y así  
debe ser muy escesiva  
la paz y union entre ambos,  
siempre tan de asiento y fija,  
como la ley de Dios manda,  
y la iglesia nos lo avisa.  
Y aquí el perdou de sus faltas  
pide la pluma sendida.  
FIN.

